

## LA VOZ DEL NOTICIERO

-Señor Rodríguez, pase ahora mismo por mi oficina

-Pero tengo clase maestro

-No importa. Deje la clase y camine

-Si Señor

Mi ánimo se desestabilizó por la emoción. Las piernas no soportaban la tensión de mi cuerpo. Mis manos se empaparon de un sudor cálido primero y frío después. Un calor intenso correteaba veloz por mis mejillas. El corazón se apresuró y sus latidos se hicieron más fuertes. Sentía incomodidad y congestión al respirar. La voz se anudó en mi garganta... y el tiempo, y el espacio dejaron de ser para mí. Estaba sumergido en el enigmático mundo de la expectativa cuando la voz del maestro me empujó de nuevo a la realidad.

-Estoy esperando señor Rodríguez

-eh, eh... Si maestro. Ya salgo.

Y comencé a caminar inseguro tras el maestro

Su andar era diferente. La lentitud y parsimonia del aula la había cambiado por un ágil, alegre y juvenil caminar. Al compás cadencioso del movimiento de su tronco recorrió los tres pasillos que lo separaban de su oficina. Cualquier persona que lo viera de espalda supondría una edad de treinta años para su sexagenario cuerpo.

Mientras él abría la puerta, llegué a su lado apurado por sus pasos. No alcancé a detenerme cuando indicó

-Pase señor Rodríguez

-Gracias maestro- y cerró la puerta tras de si.

Era una oficina de cinco metros de ancho por siete de largo. La puerta de entrada estaba al lado derecho y su hoja se recostaba contra la pared. En el centro de aquella pared, un Bolívar dibujado a rasguños por un publicista amigo suyo, cuidaba como testigo de sus actos, las cosas dentro del recinto. La pared del fondo había sido recubierta por varios compartimentos de biblioteca donde descansaba una gran cantidad de libros de historia, literatura, política y ensayos de temas afines con los intereses del maestro.

A este lado de la biblioteca estaba un mediano escritorio de madera color caoba y entre los

libros y el escritorio una ergonómica y moderna silla giratoria que contrastaba con el estilo decimonónico del mueble. De espalda a la entrada tres sencillos asientos esperaban a los circunstanciales interlocutores del maestro. Hacia la izquierda una mesa redonda de ocho puestos donde reposaban cuatro libros abiertos, tres libros cerrados y un periódico dejado de manera presurosa sobre una orilla de la mesa. Un enorme ventanal daba claridad a la oficina y permitía ver la gigantesca y centenaria ceiba que servía de sombrilla al verde prado que enmarcaba parte de la universidad.

-Tenga la bondad y se sienta señor Rodríguez -. Dijo mientras tomaba una silla del frente de su escritorio y la volteaba de espalda.

-Gracias maestro- contesté confundido y extrañado porque pensé que era la primera vez que hablaría sin mostrarle la frente a mi interlocutor, quien se sentaría al otro lado del escritorio.

Cuando sentí su lentitud y parsimonia comprendí que el maestro hablaría caminando frente a mi. Con un impulso torpe, intenté levantarme de la silla, pero él hizo un gesto y me obligó a permanecer sentado.

Estaba derrotado por la confusión de sentimientos y emociones encontradas... No era para menos. Sin querer tenía al frente a uno de los personajes más ilustres del país y de América Latina.

Catedrático de literatura universal y lógica en la universidad, donde asistíamos a su cátedra de dos horas semanales, con setenta y cinco jóvenes más, aspirantes a literatos o cronistas de una generación convulsionada y desesperanzada por las dificultades de la época y las frustraciones heredadas de distintas alternativas políticas diluidas entre períodos de paz y de guerra.

Lo consideramos un excelente catedrático nada más a pesar de su reconocida sabiduría a nivel mundial. Tratábamos de olvidar el tipo de personaje que era y su importancia tanto en lo político como en lo cultural para la sociedad hispanoamericana.

El concepto que cada uno podía tener de él como escritor era, por recomendación propia del maestro, individual y por fuera de cualquier influencia recibida en su clase. Nunca permitía que en el aula se mencionara una palabra de sus obras o se sugiriera algún tipo de análisis u opinión de ellas.

Aunque sus tres últimas novelas eran catalogadas de máxima genialidad, y el mundo occidental estaba empapelado con sus libros, hacía caso omiso de cualquier comentario al respecto.

-Si hay en el mundo- comentaba con mis amigos -una persona que no sepa nada del maestro y de sus obras es él mismo... por lo menos esa es la imagen que proyecta en las ricas horas que dura su cátedra en la universidad o en las improvisadas y cortas charlas que

se tienen con él al finalizar el tiempo oficial de clase.

Esa era la imagen que teníamos de este excelente catedrático. Ninguno de nosotros se sentía capaz de manifestar el privilegiado que representaba ser alumno suyo.

Por eso, y por la incertidumbre de su invitación, la emoción se arremolinaba más y más en mis entrañas...

-Mire hombre- dijo mientras se dirigía al rincón diagonal a la entrada donde había una licorera esquinera. De entre copas y botellas de variadas formas, colores y tamaños, sacó una cafetera eléctrica y sirvió dos tintos.

-De los aromas- dijo -más exquisitos del mundo, el que más me agrada es el del café recién preparado. Es muy medicinal. No conozco a ninguna persona que se resista a aspirar el aroma del café. Es más, la tendencia de la gente es a inhalar profundamente tal aroma porque dicen que estimula la acción pulmonar... Por algo los asmáticos toman café para aliviar sus crisis... ¡Ay hombre! cómo extraño un buen café cuando estoy en el exterior.

Con este comentario quería ayudar para que me tranquilizara. Pero no... al paso de los segundos, la imagen del catedrático común se transformaba para mi en la del gran escritor y terminaba por ser el personaje difícil de encontrar, acosado por la crítica nacional e internacional, perseguido por periodistas e intelectuales de todas las especies y tendencias

ideológicas, buscado por políticos de varios países para solicitar un consejo o una mera opinión sobre algún asunto o decisión a tomar.

Empecé a sentirme privilegiado mientras el encuentro con este personaje cambiaba de dimensión.

-Pero bien- dijo -quiero ser breve. Porque tengo un compromiso en la Universidad de las Américas.

-Si maestro...

-Usted sabe que poco invito a mis alumnos a esta oficina

-Claro maestro...

-Pero quiero comentarle algo que es importante para quien quiera perdurar como escritor.

-Si maestro...

-He leído detenidamente sus cuentos y poemas y en el fondo encuentro una posición política que le resta universo a la temática y obliga al lector a fijar algunos límites a medida que se lee el texto...

-Pero maestro es que...

-Permítame hablar y por favor nada de polémicas. Primero por el tiempo y segundo por lo que he visto en sus escritos... y es que la relación entre política y literatura es un tema muy difícil de discutir por miles de razones. No tener clara esa relación hace que escritores muy buenos se conviertan en políticos muy malos, o que políticos excelentes terminan perdiendo su tiempo en pensar ser buenos escritores. Eso es malo para la literatura y para la política... pero más para las letras. Le sugiero que busque algunos ejemplos de lo que le estoy diciendo.

-Pero maestro, es que...

-Revolver la literatura y la política es nefasto... Es el Hara Kiri de las letras... Pensemos por un momento en literatos excelentes que han pagado con su vida la osadía de sentar una posición política en cualquiera de los géneros literarios...

-De acuerdo maestro, pero...

-Déjeme terminar por favor. En sus escritos veo madera, talante, creatividad, estilo fino, un gran poder de descripción que muy pocos tienen, buen trabajo con los personajes, excelente manejo de los tiempos... Con más lectura de los clásicos modernos y mucha dedicación y constancia puede usted, tener buen futuro como escritor. Hay talento. Cul -ti -ve -lo ...

-Muchas gracias, maestro, sólo quiero...

-No he terminado aún... Si usted no quiere fracasar y tirar por la ventana todas las cualidades que tiene para escribir debe tener presente que el compromiso de todo escritor es escribir bien. El único compromiso de todo buen escritor es con la literatura. Ese es su trabajo, su profesión, por lo tanto, no es sano mezclar la política con las letras. Por otro lado, el mayor compromiso de los políticos es buscar caminos y tomar las mejores decisiones para resolver los problemas que aquejan a las sociedades. O se es escritor o se es político, una de las dos cosas, las dos no caben en el mismo ser humano... quienes dicen tener estas dos aptitudes confunden sus espíritus y sus objetivos y cualquier intento por hacer alguna de las dos cosas bien es solo un ensayo mediocre que no arroja resultados buenos...

Y mirando el reloj agregó.

-He terminado... Salgamos por favor...

Tomó su portafolios que había dejado sobre el escritorio y se dirigió a la puerta. Giró el picaporte y antes de abrir dijo.

-La clave de mi éxito está en practicar lo que le he dicho. La literatura se degenera con la política- y abrió la puerta.

Sorprendido por la rapidez de la conversación atravesé el umbral tratando de asimilar y comprender lo sucedido. Observé al maestro asegurando la puerta de su oficina. Cuando terminó se volteó y recomendó:

-No renuncie al éxito señor Rodríguez. Buen día.

-Buen día maestro.

Y se fue por el corredor con su juvenil andar mientras yo me dirigía por el lado opuesto hacia el aula donde recibiría las dos últimas clases del día.

Al terminar las clases comenté mi entrevista con el maestro a Víctor, compañero de estudios desde el bachillerato quién después de un reiterado y a veces burlón “No te lo puedo creer”. Me Felicitó y me deseó buena tarde.

Durante el resto del día, como siempre, no supe nada más del maestro.

Al día siguiente a las cinco de la mañana encendí el radio para escuchar las noticias de la noche anterior mientras acudía a la cita diaria con la frescura del agua fría de la ducha.

-Lo que sucedió mientras usted dormía - Decía la voz metálica del locutor.

Luego de los comerciales de rigor, que pasé por alto debido a la distracción cotidiana que implica el recibimiento de un nuevo día, fijé la atención en las noticias.

“... Catalogado como el más grande escritor latinoamericano de todos los tiempos.... Ganador dos veces del premio Cóndor de Oro, máximo galardón de la lengua castellana. Sus quince novelas traducidas a más de diez idiomas fueron auténticas best-seller en su momento y son hoy pan de cada día en escuelas, colegios y aulas universitarias del mundo entero. Rechazó embajadas ministerios, delegaciones culturales y todo aquello diferente al contacto directo con los estudiantes. Distinguido como profesor emérito por varias universidades del mundo, asumió el derecho de ir periódicamente a cada una de ellas a “comer tiza con las letras” como decía, sólo por el valor y respeto que le infundía la sed de conocimientos que la juventud tenía y el amor que ésta sentía por la literatura, pues no aceptó remuneración económica alguna.

“El maestro, como lo llamaban cariñosamente una larga lista de intelectuales, políticos y periodistas, ilustres discípulos suyos, cayó en su ambiente, con la tiza, el borrador, algunos libros y varios bocetos y manuscritos que esperanzados creadores literarios habían dejado en sus manos. Murió al recibir ocho impactos de ametralladora que le propinaron dos sujetos motorizados cuando salía de “la fábrica de párrafos y versos”, un salón de literatura diseñado por él, en donde compartía su cátedra diaria en la Universidad de las Américas con estudiantes de todas las clases sociales que lo admiraban y soñaban con seguir sus pasos en el fascinante mundo de las letras.

“En el sitio del atentado se encontró un panfleto de un grupo paramilitar llamado “República sin poetas” reivindicando el crimen y diciendo que este se había decidido luego de considerar el alto riesgo político y social que significaba, para la democracia, la lectura de sus obras...

Un sentimiento de rabia e impotencia se acumuló en mi cabeza y sin darme tiempo de reaccionar se convirtió en descarga eléctrica que recorrió con rapidez mi cuerpo y terminó cuando mi pié se estrelló violentamente con la radio callando así la voz del noticiero.